

FICHA DE FORMACIÓN

Hilo Negro



236

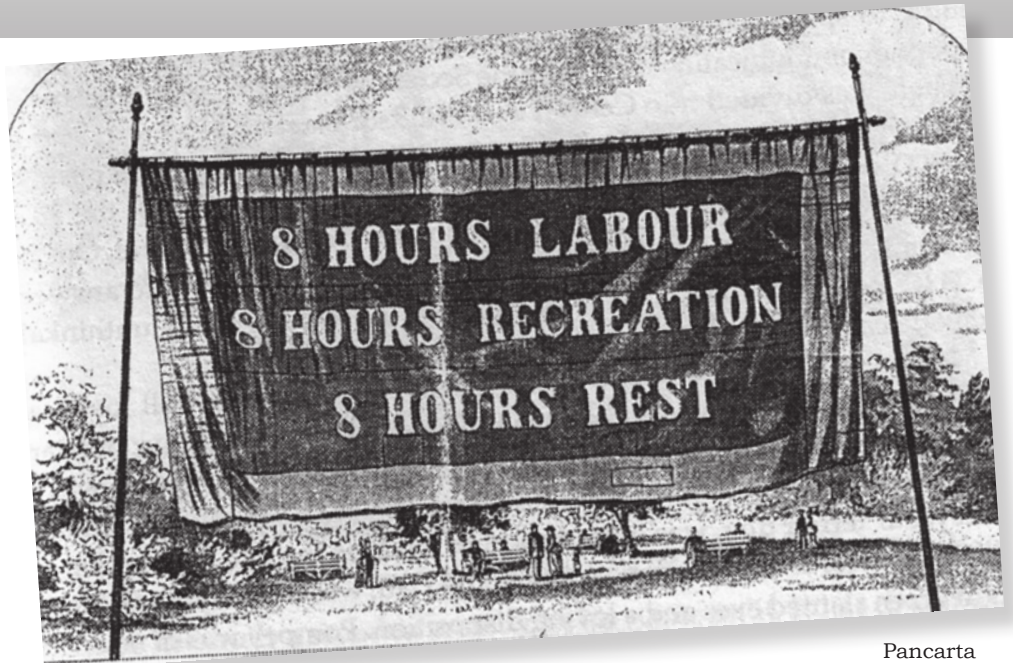
1 de mayo: origen obrero, raíz libertaria

*El 1 de mayo condensa una historia de huelga,
represión y dignidad obrera.*

Su sentido sigue vivo en la lucha de clases, en la resistencia frente al capital y en el rechazo de las jerarquías patriarcales.

El **1 de mayo** no pertenece al lenguaje del poder ni a los gestos vacíos de las instituciones. Nació como jornada de combate obrero, como fecha de memoria y como llamamiento a la organización de clase. Su raíz no está en los despachos ni en la benevolencia de los gobiernos, sino en la lucha de quienes, frente a jornadas extenuantes, salarios de miseria y una disciplina fabril brutal, decidieron plantar cara al capital.

La reivindicación de la jornada de ocho horas ocupó un lugar central en el movimiento obrero del siglo XIX. No se trataba de una petición menor. Quien exige tiempo para vivir, para cuidar, para pensar, para leer, para amar y para organizarse cuestiona el poder de quien pretende apropiarse de la vida entera de la clase trabajadora. En esa disputa también estaba el tiempo de las mujeres, cargadas con el trabajo asalariado peor pagado y con el peso de los cuidados. Por eso la consigna de **las tres ochos** condensó una impugnación profunda del orden capitalista: ocho horas de trabajo, ocho de descanso y ocho para la vida propia. La campaña internacional por las ocho horas quedó ligada al crecimiento de las organizaciones obreras desde la Primera Internacional y adquirió un valor sociopolítico mucho mayor que una mera reforma laboral.



Pancarta
exigiendo la jornada de trabajo
máxima de 8 horas diarias, Melbourne, 1856

Ese horizonte tomó fuerza en la **Asociación Internacional de los Trabajadores** y en la expansión de las organizaciones obreras. La demanda de las ocho horas unió a miles de trabajadoras y trabajadores que habían comprobado una verdad elemental: ningún derecho duradero nace de la súplica. Todo avance real exige organización, conflicto y solidaridad. Allí donde el capital levantó fábricas, talleres y grandes fortunas, la clase obrera empezó a levantar cajas de resistencia, periódicos, ateneos y sindicatos. En ese proceso, las mujeres no ocuparon un lugar marginal. Estuvieron en huelgas, en tareas de agitación, en la prensa obrera y en la defensa material de las luchas, aunque la historia oficial las haya dejado en los márgenes del relato.

En Estados Unidos, la fecha del 1 de mayo quedó ligada a esa pelea de forma decisiva. En 1886, cientos de miles de trabajadoras y trabajadores fueron a la huelga para imponer la jornada de ocho horas. Chicago se convirtió en el epicentro de aquella sacudida. No por azar. Era una ciudad obrera, migrante, agitada por un sindicalismo combativo y por una presencia anarquista que vinculaba la lucha económica con una crítica frontal del Estado, la patronal y toda forma de dominación. La huelga por las ocho horas movilizó a unos 400.000 trabajadores en el país y en Chicago tuvo entre sus figuras visibles a **Lucy Parsons**, que encabezó junto a Albert Parsons una de las grandes marchas obreras de aquel 1 de mayo.

La historia oficial ha querido reducir aquellos hechos a una bomba y a un relato de orden público. Conviene rechazar esa trampa. El origen político del 1 de mayo no está en el miedo burgués al desorden, sino en la fuerza obrera que puso contra las cuerdas a patronos y autoridades. La reunión de **Haymarket** del 4 de mayo de 1886 tuvo lugar tras la represión policial contra huelguistas de McCormick. Antes de la explosión ya existía violencia, y esa violencia tenía uniforme, salario y respaldo empresarial.

Después llegó la caza de brujas. Ocho militantes anarquistas fueron procesados en un juicio plagado de arbitrariedad. No se les condenó por pruebas firmes sobre la autoría material de la bomba, sino por sus ideas, por su capacidad de agitación y por su lugar en el movimiento obrero de Chicago. August Spies, Albert Parsons, Adolph Fischer y George Engel fueron ejecutados; Louis Lingg murió en su celda; Samuel Fielden, Michael Schwab y Oscar Neebe padecieron largas condenas. Los llamados **Mártires de Chicago** quedaron inscritos desde entonces en la memoria obrera universal. En esa batalla por la memoria, Lucy Parsons ocupó un lugar decisivo: defendió públicamente a los acusados, recaudó fondos, denunció el juicio y sostuvo la causa obrera cuando el poder quiso convertir la represión en escarmiento.

Por eso el 1 de mayo no puede leerse solo como una fecha obrera en sentido estricto. También expresa una disputa por la vida que el capital roba y que el patriarcado distribuye de forma desigual. Cuando Lucy Parsons afirmó que las mujeres eran “las esclavas de los esclavos”, nombró una verdad que sigue abierta: el sistema descarga sobre ellas los salarios más bajos, los trabajos más invisibles y la responsabilidad de sostener la existencia cotidiana. Introducir esa mirada no deforma

el origen del 1 de mayo; lo completa. La propia Parsons vinculó en 1905 la situación de las mujeres con la estrategia patronal de abaratar salarios y degradar las condiciones de toda la clase trabajadora.

Conviene subrayar algo que el **sindicalismo domesticado** suele olvidar: el 1 de mayo no fue concebido para pedir permiso, sino para medir fuerzas. En la tradición libertaria y anarcosindicalista, esta fecha no remite a una celebración vacía, sino a una pedagogía de la dignidad. Los derechos no caen del cielo, ni los trae un ministerio, ni los regala una mesa de negociación desconectada de la calle. Los arranca la clase trabajadora cuando se reconoce como sujeto colectivo y actúa en consecuencia.

También en España esa lección dejó huella. La conquista legal de la jornada de ocho horas en 1919, tras la huelga de **La Canadiense**, confirmó que la acción sindical sostenida puede abrir brechas reales en el poder patronal. No fue un gesto paternal del Estado. Fue el resultado de una correlación de fuerzas creada desde abajo por obreros organizados. Esa memoria enlaza con la mejor tradición del anarcosindicalismo ibérico: apoyo mutuo, acción directa, autonomía obrera y rechazo de toda tutela institucional.

Hoy, cuando la precariedad cambia de nombre para parecer modernidad, el sentido del 1 de mayo conserva toda su vigencia. Las subcontratas, la temporalidad, la extensión encubierta de la jornada, la disponibilidad total, los falsos autónomos y la feminización de los empleos peor pagados muestran que la vieja cuestión social no ha desaparecido. Por eso el 1 de mayo exige algo más que nostalgia. Exige **organización** en los centros de trabajo y fuera de ellos. Exige reconstruir vínculos de solidaridad entre plantillas fragmentadas. Exige un **sindicalismo de combate** y una **mirada feminista** de clase, capaz de reconocer que ninguna emancipación obrera será completa si deja intactas las jerarquías patriarcales.

El mejor homenaje a aquella tradición no consiste en repetir consignas gastadas, sino en retomar su enseñanza central: frente a la explotación, organización; frente a la represión, apoyo mutuo; frente a la resignación, conflicto; frente a la injusticia, clase. El 1 de mayo sigue vivo cuando vuelve a las calles, a los lugares donde se sostiene la vida, a los barrios y a la imaginación política de quienes no aceptan que trabajar equivalga a una nueva esclavitud salarial. Ahí empezó. Ahí debe continuar. ¡VIVA LA LUCHA DE LA CLASE TRABAJADORA!